

# Horizontes del Sur

por **Edgardo Mocca**

La palabra política fluye en estos días con ritmos vertiginosos, disuelta en imágenes y en grandes titulares, mezclada con géneros aparentemente ajenos a su materia, a veces sostenida por creencias leves y fugaces. Claro, en democracia, la política no puede permitirse la reclusión en cenáculos de elegidos porque la suerte de sus andanzas la termina decidiendo un ritual de discursos, publicidades y urnas a las que llamamos, con razón, elecciones libres. Una cosa es la crítica de la espectacularización de la política, otra es la queja que siente nostalgia por una época que nunca existió, la de la política como razón pública que se discute en el foro al margen de las pasiones individuales y de las trincheras sectoriales. Antes de aplaudir o rechazar la contaminación de la política por todas las prácticas en las que se involucra el pueblo – incluso las aparentemente más alejadas de la racionalidad política– hay que reconocer esa contaminación, aprender sus reglas, dominar sus técnicas, porque no se trata de cruces contingentes ni poco importantes: son la trama misma de la política de nuestros días.

Una revista es una manera de intervención en ese flujo a veces caótico de mensajes políticos. Un “caos”, hay que decirlo, que no es mera acumulación aleatoria e inorgánica, que está cruzado de interferencias y grietas de poder. Una red cuyos nodos hegemónicos inciden en ese vaciamiento, en esa reducción a “una cáscara vacía capaz de ser llenada con cualquier sentido y cuya única utilidad es la de obtener simpatías electorales” de la que habla Sabbatella en su artículo para este número inaugural. La revista es una manera de intervenir que se identifica por su tiempo y por su materialidad. Su temporalidad específica es una periodicidad –tres ejemplares por año– que la sitúa entre la reflexión con pretensiones de larga duración y la respuesta urgente a las demandas e impulsos del día. La revista tiene tiempo para pensar y para pensarse; el suelo de hechos e interpretaciones sobre el que se apoya no es el de la revelación o el de la primicia, es el de una mirada con alguna pretensión abarcativa, con algún sentido de proyección estratégica. Claro que cuando el lector se encuentre con *Horizontes del Sur*, ya el suelo se habrá estremecido y modificado desde que la revista entró en la imprenta, habrán cambiado algunos

registros coyunturales y hasta podrán haberse develado, o empezado a develar, algunas de las cuestiones que eran enigmas mientras se escribía. Sabrá el resultado de importantes batallas políticas que tienen mucha importancia para el futuro nacional y regional, como los resultados de las elecciones de Brasil, de Uruguay y de Bolivia. También en este caso, la clave del análisis será el significado de esos guarismos para el proceso general de transformaciones en la región, que abordaremos pormenorizadamente en el próximo número.

Hay razones para hablar a favor de este modo de intervención: la política —particularmente la política que se pretende transformadora— está obligada a internarse en los tiempos del análisis y del pensamiento crítico. No puede prescindir del tiempo de la práctica cotidiana, de la organización y de la discusión bajo el fuego diario de la guerra mediática; sin ese frente de batalla, cualquier movimiento político se degrada en secta doctrinaria. Pero está obligada a trabajar en otros terrenos, a darse las condiciones para una mirada más compleja, capaz de sostener una navegación de largo aliento. Y la calidad de esa navegación es tributaria del mapa del que dispone, un mapa que se rehace a cada minuto pero que puede tener consistencias que le permitan absorber esos cambios y con ellos mejorarse a sí mismo. Los tiempos de *Horizontes del Sur* no son, entonces, los de las teorías generales de la política; tampoco son necesaria ni exclusivamente los de interpretaciones teóricas que pretenden explicar de modo completo una época o la historia de un país. Sin embargo, los artículos con los que aquí se va a encontrar el lector no son amontonamientos de datos o de episodios aislados; los subyace y los justifica una intención militante y un esfuerzo por darle a esa militancia un sustento de ideas y una pretensión de sentido.

La revista tiene también una materialidad específica. Es un volumen. Ocupa un sitio en el estante de alguna librería, en las manos o en el bolso de alguna persona. Puede viajar en la valija de un militante que la acerca a sus compañeros que viven en sitios en los que es inaccesible de otras formas. Está en una pila cercana a una mesa donde se habla de política. Tiene, eso sí, una materialidad periódica. Como tal, marca el calendario, genera rituales internos y externos, presentaciones que sirven como actos militantes, reuniones de discusión de un artículo o de una sección. Lejos de contraponerse a otras formas de comunicación propias de la época, la revista se propone convertirse en el centro de un dispositivo múltiple en el que se integren, entre otras formas, las herramientas digitales y los

encuentros periódicos en el espacio público. La revista tiene, pues, una vida propia, pero esta vida se alimenta recíprocamente del proyecto del que forma parte, con la práctica de las mujeres y hombres para hacer avanzar un proyecto de país. La revista –esta revista– es una materialidad no neutral, una materialidad “de partido”. Claro está, no de un partido en los confines de una estructura y de un sistema de intereses. De un partido en un sentido no formalista, en el sentido de conjunto social relativamente unificado alrededor de un proyecto de poder, de una idea de país y de un sentido de la política. A ese partido –que todavía no tiene forma ni estructura definida, no sabemos si las tendrá, y no estamos unánimemente seguros de que es mejor que alguna vez llegue a tenerlas– pertenece *Horizontes del Sur*.

No hay muchas maneras de llamar a ese partido-movimiento real aunque no institucionalizado que hoy gobierna la Argentina. Es kirchnerismo. No es un partido político. No se agota tampoco en una coalición de partidos políticos. Es un colectivo difuso y en buena medida inorgánico. Tiene los genes del movimiento popular más importante de la historia argentina, el peronismo, recoge sus banderas y su mejor historia, venera sus próceres y su épica. Y al mismo tiempo, nacido en la circunstancia crítica de la historia de nuestro país producida por el derrumbe neoliberal y la más profunda de sus crisis de representación, el kirchnerismo se fue cargando de formas y contenidos nuevos, que no nacieron en laboratorios politológicos sino en la arena misma de los grandes conflictos políticos que jalonaron la recuperación nacional después de haber estado al borde de la disolución como comunidad política en aquel aciago final de 2001. El kirchnerismo es un cruce de experiencias históricas; de las luchas de nuestro pueblo contra la dictadura cívico-militar, de la resistencia de las Madres, las Abuelas, los movimientos de derechos humanos; de los que resistieron la implantación, ya en democracia, del proyecto neoliberal y también de aquellos que reconocieron su esencia antipopular y regresiva cuando la promesa de prosperidad primermundista desembocó en el derrumbe general. Es el nombre del movimiento popular de esta etapa del país y como tal repele todo intento de reducción sectaria a una pertenencia histórica inmutable e impermeable a la historia y a sus transformaciones.

Mucho se discute sobre el lugar de Argentina en el mundo. La contraseña que usa el neoliberalismo –tanto el sincero como el vergonzante– para caracterizarlo es el de “aislamiento”. Tal vez sea el menos feliz de los

recursos de la derecha mediático-política en nuestro país. Porque el aislamiento solamente puede predicarse como un deseo inconsciente de las clases dominantes que brota atrevidamente en su discurso. Efectivamente para quienes defienden el *statu quo* político del país, lo mejor sería que estuviéramos aislados del mundo, de sus crisis, de sus contradicciones, de sus promesas y amenazas. Con lógica modestia, decimos que estas páginas ilustran bien la cuestión. Ricardo Aronskind afirma que “desde el propio centro organizador del orden unipolar se está generando el desorden económico y político global”. El fracaso de las aventuras militares geopolíticas y la crítica incertidumbre económica que caracteriza de modo creciente el orden económico piloteado por el capital financiero son dos fases de una misma crisis civilizatoria que afecta al paradigma capitalista nacido en la década del 70. Es una crisis que está cambiando el propio mapa del capitalismo, afectando profundamente a vastas zonas del llamado mundo desarrollado.

Las consecuencias políticas de la crisis están en pleno desarrollo. Las recientes elecciones para el parlamento europeo han insinuado las dos líneas de desarrollo que se van gestando. Frente al vaciamiento neoliberal de la integración europea renace la contestación del nacionalismo xenófobo y autoritario, bajo la forma de un avance electoral notable de distintas variantes del neofascismo europeo. No se puede dejar de anotar con preocupación el hecho de que Inglaterra y Francia –dos de los tres países históricamente más importantes de Europa– conocieron la victoria electoral de la ultraderecha. Al mismo tiempo, con formas y volúmenes diferentes han emergido un conjunto de experiencias –Syriza en Grecia, Podemos en España, el Frente de Izquierda en Francia– que señalan una nueva ruta alternativa: la de una reapropiación de lo popular y lo nacional desde la tradición democrática y de izquierda europea. Es imposible prescindir en este análisis del proceso de múltiple crisis de la socialdemocracia europea –electoral, de políticas públicas e ideológica– que Etchemendy analiza en su génesis histórica, en íntima relación con la decadencia del estado de bienestar europeo. La izquierda tradicional europea ha unido su suerte, en lo fundamental, a la del capitalismo de los “mercados autorregulados” en lucha contra el cual protagonizó, a partir de la segunda posguerra, los mejores capítulos de su historia y construyó su prestigio político. Habrá que volver muchas veces sobre este tema porque no se trata de cuestiones ajenas a la realidad y a la historia de nuestro país y de nuestra región. También entre nosotros el derrumbe del socialismo

soviético y el avance entonces imparable del neoliberalismo, en medio de un clima de época signado por la derrota popular de los setenta y el terrorismo de Estado que la sucedió, dieron lugar desde la década del ochenta a un giro político-ideológico hacia el liberalismo democrático que primero se propuso la legítima tarea de reparar la incompreensión de la cuestión democrática por parte del nacional-populismo y la izquierda, y después terminó confundiendo la defensa de la democracia con una retahíla institucionalista, sin actores y sin conflictos, hasta la confluencia política objetiva con las fuerzas que pugnan por la restauración conservadora. Quien lea los reportajes a Monedero y a Errejón, dirigentes de Podemos, y al juez Garzón, así como el artículo de Riutort, difícilmente deje de sentir la comunión de ideas que hay entre lo más dinámico y transformador de la política europea y la experiencia política que estamos haciendo los argentinos. Eso es lo que explica el sueño de que la Argentina esté “aislada del mundo”.

La convulsión geopolítica, la crisis del capitalismo global financiizado y los nuevos vientos europeos sitúan en otra dimensión las peripecias políticas de nuestra América del Sur. La más rica, interesante y consistente de las contestaciones populares a la crisis habita en estas tierras. Es heterogénea políticamente y reconoce tradiciones ideológicas y culturales no solamente diversas sino –en muchos lugares y en muchas ocasiones– antagónicas. Sobresale la vieja cuestión de las relaciones entre el nacionalismo popular y la izquierda de cuño socialista que en estos años ha vivido un viraje de reencuentro y de síntesis de grandes alcances y proyecciones. El relato de Francisco González sobre el curso de los primeros pasos del comandante Chávez en el gobierno venezolano ilustra al máximo un proceso que puede verificarse en varias de las experiencias transformadoras de nuestra región. Es la política, el choque contra los intereses de un bloque social indispuerto a la mínima concesión respecto a sus privilegios la fuente del desarrollo político, el motor de esta nueva síntesis política. Nacionalistas que inscriben el socialismo en sus banderas, e izquierdas que reconocen lo nacional-popular como el lenguaje en el que se expanden las condiciones emancipatorias de nuestras sociedades, acaso constituyan el signo más sobresaliente de la época. Una época, por otra parte, nada sencilla para las experiencias transformadoras latinoamericanas, insertas como están en un mundo en que el neoliberalismo en crisis, lejos de retroceder tiende a hacer más duras sus respuestas penalizadoras para los proyectos alternativos. La propia crisis del capitalismo global sigue

constituyendo una amenaza para procesos políticos que –como explica el maestro Aldo Ferrer en el caso argentino– han reparado socialmente y reorientado el rumbo nacional pero no han modificado con la suficiente profundidad sus estructuras productivas. La cuestión sigue siendo la dialéctica entre las transformaciones y la sistemática reproducción del poder que hace falta para asegurar la continuidad de esas transformaciones. Existen tensiones entre las utopías fundantes de los proyectos populares latinoamericanos y las estrategias de conservación y reproducción de las estrategias de poder que los hacen viables, tal como plantea Ramírez para el caso de Ecuador. No hay recetas que puedan solucionar esas tensiones; es la política y su capacidad de explicar y compartir los obstáculos y los giros tácticos a los que obligan, la que tiene la última palabra.

*Horizontes del Sur* nace en una etapa política de fuertes tensiones políticas en nuestro país. Nos acercamos a una instancia electoral de enorme importancia en la que, más allá de sellos partidarios e imágenes públicas de candidatos, estará en juego la continuidad del rumbo adoptado por el país hace once años, después de atravesar peripecias que nos pusieron al borde de la disolución como comunidad política nacional. La mención de la continuidad tiene, entre otras, dos significaciones principales. Hay una significación que alude a lo que se juega en cada elección democrática: es el “grado” de continuidad que puedan expresar diversas fórmulas electorales, partidos o coaliciones respecto de un conjunto de políticas públicas que se han aplicado o están en desarrollo. Esto atañe a la política “normal”, a aquellas circunstancias en las que en un país funciona un discurso claramente hegemónico y la disputa se recluye en cuestiones que no desafían esa hegemonía y permiten fundamentar por qué unos están en mejores condiciones que otros de conducir políticamente. La segunda significación posible de la idea de continuidad y cambio remite a situaciones en las que se ha trastornado ese orden “normal” y tanto quienes apoyan como quienes rechazan ese trastorno lo reconocen y construyen su lugar político en base a la posición que tienen frente a él. Naturalmente, la política “normal” y la anomalía son polos útiles para el análisis pero no suponen que una excluya a la otra. Por eso es oportuno el planteo de Tereschuk respecto del dilema sobre cuánto de continuidad y cuánto de cambio proponen las oposiciones y también el propio gobierno. Hay que apuntar aquí que el cambio y la continuidad no puede reducirse a un mensaje de campaña: las posiciones públicas en un momento de fuertes tensiones como el que atravesamos colocan claramente a los actores

políticos ante la necesidad de poner esos planteos de futuro en los actos presentes. Visiblemente las oposiciones han decidido, con sus posiciones ante el conflicto del país con los fondos buitres y las medidas de regulación del mercado lanzadas por el gobierno, radicalizar una conducta a la que se vienen ciñendo, por lo menos desde el conflicto con las patronales agrarias, y que consiste en la negación de apoyo a todas y cada una de las decisiones estratégicas del gobierno. Será muy difícil la inserción de un mensaje electoral de continuidad relativa en el contexto de una trayectoria que más bien dibuja la promesa de un drástico cambio general de orientación. De manera que la dialéctica continuidad-cambio necesita ser incorporada a una mirada más totalizadora, a una reflexión sobre la innegable transformación cualitativa operada en la política argentina a partir de mayo de 2003. Para eso es particularmente útil el artículo de Ferrer, quien arranca su reflexión con la instalación de una totalidad orgánica, el “proyecto nacional y popular”, con la promoción social, la reafirmación de la soberanía y el protagonismo de las políticas públicas como sus notas constitutivas. Por supuesto, esa totalidad orgánica puede reconocer formas, tiempos y estilos diferentes. Pero no cualquier cosa que se haga en su nombre resiste un análisis serio acerca de su efectiva pertenencia a esa totalidad y de la “continuidad” que exprese.

La defensa de la continuidad y profundización del proyecto en curso incorpora necesariamente una dimensión crítica acerca de sus dispositivos, de sus instrumentos y de sus lenguajes. Presupone hacerse preguntas sobre sus alcances y sus límites, admitir sus contradicciones y reconocer sus errores. Todo eso que habitualmente nombramos con la expresión un poco lineal de “las deudas pendientes” obliga a generar ambiente y condiciones para una discusión profunda a realizar con más pasión y franqueza cuanto mayor sea el compromiso con el proyecto general; es esa invocación a “pensar mejor” que Rinesi hace a propósito del Estado y que puede extenderse a la acción política transformadora en su conjunto. Dicho de otro modo, el cambio forma parte de la continuidad; de hecho la experiencia de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner no es la de la lisa y llana “continuidad”, más bien por el contrario ha tenido como principal activo el de desarrollarse en medio del conflicto y a partir del conflicto. No es al despliegue de una prolija plataforma previa a lo que hemos asistido, sino a la historia de un conjunto de luchas en las que siempre estuvo en el centro el problema del poder. Hubo giros, cambios, marchas hacia atrás, negociaciones, rupturas, reconciliaciones: todo lo contrario de la

pureza principista con las que algunas sectas creen estar haciendo política revolucionaria. No funciona el catálogo de los aliados tácticos y los enemigos principales; las alianzas y las enemistades son el resultado de las luchas políticas concretas y no de las imaginarias. Sin embargo, no fue un desarrollo azaroso y sin brújula; la inclusión social con el empleo en el centro y con políticas de ingreso que la refuerzan, la política económica sostenida básicamente en la expansión del mercado interno, el desarrollo de una dinámica de desarrollo de nuevos y viejos derechos concentrada en los sectores más desprotegidos y discriminados, una política de soberanía nacional enlazada con la integración regional y una definición muy acentuada a favor del multilateralismo y el rechazo a la prepotencia imperial, fueron notas permanentes del discurso y la acción política de estos años. Si hablamos de continuidad y cambio, entonces, hablamos de la continuidad y de los cambios que hagan falta para profundizar este rumbo general y no de una especie de menú sobre el que decidimos qué es lo bueno y qué es lo malo. Como dice Colombo, “no hay legado sino un hierro caliente”. A los argentinos, después de haber vivido la experiencia neoliberal, no nos va a resultar muy difícil saber, en este sentido, qué es continuidad y qué es cambio. ●